

El Triunfo de Beruff Mendieta

El Alcalde de la Habana, se ha anotado un triunfo resonante. Las comparsas, de un rico sabor folkórico, están en las calles, atraviesan nuestras más lujosas avenidas con sus farolas, con sus trajes multicolores con sus cantos que tienen clavadas las raíces en el alma atormentada de nuestro pueblo, y vuelcan sobre el presente, un mundo de poesía que se juzgaba definitivamente desaparecido. Solo, ha desafiado impertérito, los perjuicios. Solo, ha librado una batalla contra el mal gusto y la gatzmoñería. Solo, ha devuelto a fiestas eminentemente populares, el concurso y el calor de las masas. Gobernante de recia envergadura ha comprendido que el turista extranjero no busca en Cuba, deformado por los errores de adaptación, aquello que en su patria ha sido perfeccionado por el oro, el tiempo y el buen gusto. Ha sabido aprender que no es el fox trot, con ritmos incongruentes injertados por el trópico, lo que puede conquistar al yanqui, sino la rumba, tal como ella es, en su ambiente propio, no como la ha escuchado en los cabarets de New York, fría y desmayada, o a través del R. C. A. Victor en los desiertos del Oeste, desecha por la estática. Cubano de su siglo que recita los versos magníficos de Nicolás Guillén, y sabe de los zapaticos de dos tonos y del inglés de José Manuél, no puede pronunciarse contra la fuente que ha permitido al mulato genial enriquecer la literatura cubana. Hombre culto, se arma contra los que abjurán de nuestro pasado, con las páginas en que Polibio, Tácito, Plutarco y Tito Livio describen las fiestas de pueblos de una civilización perfecta como Grecia y Roma. Y ha impuesto su criterio. Después de librada la batalla han surgido el espaldarazo gentil de Fernando Ortiz, que ha hecho el elogio de las comparsas pidiendo prestado a Paul de Saint Victor su optimismo erudito y la defensa heroica de Vancencelos, que se niega a que la cursilería, infecunda, destierre de la plaza pública lo que hay de más grande y poético en el alma de su raza. Al Alcalde sensato, deberá la Habana este resurgimiento de las viejas costumbres y unos carnavales que no resulten ridícula parodia de los carnavales europeos. Le deberá más, le deberá una riqueza mayor que la representada por el oro del turista: el viejo motivo hijo de la intuición, del dolor de las cadenas, de la noche sombría de la Colonia, será cubierto de regias vestiduras por nietos de los siervos, por poetas como Guillén, y por músicos como Gilberto Valdés. Con acción valerosa y discreta ayudará al cubano a librarse de ese complejo de inferioridad que se escandaliza ante la contorsión rítmica y artística del negro para pasmarse ante el K. it. out. Al carnaval no irán sólo los ricos, a pasear en el Roll-royce fastuoso, entre serpentinas y confettis; irán también los pobres, los deshere-

dados, a embriagarse con sonidos armoniosos, con la música que sacude sus nervios y electriza su sangre. Y la fiesta del pueblo, será, gracias a Beruff, y a Ortiz, y a Vancencelos, un poquito la fiesta del pueblo.

Las comparsas cruzan y el desorden no se produce. Los vaticinios que engendró el prejuicio se quedan incumplidos. Y es que Beruff supo ver más hondo que los snobistas: vió que los hijos y nietos de los esclavos, son ciudadanos de la República.

Desde nuestra Página Política, en que tantas veces hemos escrito su nombre, aplaudimos con reservas el valor de Beruff. Merece que se le estimule con el elogio porque no se contenta con su campaña de divulgación cultural, no con hacer más eficaces los servicios sanitarios que se prestan por el Municipio, ni con modernizar las Creches y las Escuelas, y logra que el pueblo se divierta a su modo y que el cubano no se avergüence del caudal de música y de poesía que hay en su pasado. Merece el aplauso, y se lo prodigamos: que otros rumien su cólera. ¡La comparsa triunfa, la comparsa está en la calle!

Alc.
Feb. 14/37



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA